

## Notas bibliográficas

*The Centennial History of the Independent Labour Party*; de David James, Tony Jowitt y Keith Laybourn (comps.), Krumlin, Halifax, Ryburn Academic Publishing, 1992.

Debo confesar que encaré la lectura de este libro con cierta prevención, por ser sus autores una mezcla de "radical historians" y "local sons", y tener como objeto celebrar los cien años de vida del Independent Labour Party (ILP), hoy día una secta absolutamente insignificante. Pero en este caso resulta ser cierto aquello de que el pasado es mejor que el presente, y además la identificación ideológica y la preocupación microhistórica de los autores demuestran ser ricas en generar temáticas de investigación. Lo que era obvio es el último capítulo, una breve alocución del actual Secretario de Organización de ese partido, donde se afirma —sería exagerado decir que se demuestra— que en el 98% de los casos sus planteos han sido correctos, a diferencia de los adoptados por los grandes batallones del movimiento obrero.

Esos grandes batallones, después de la fracasada experiencia cartista, se habían orientado principalmente hacia la acción dentro del Partido Liberal, formando el conjunto de los llamados Lib-Labs. Más tarde, formaron el Partido Laborista, fundado en 1906, y ahí se han quedado. El ILP, en sus primeros tiempos, fue esencial en promover el cambio, y esa etapa es la que está principalmente descrita en estos estudios.

En tren de confesiones, debo admitir también que mi interés en profundizar el tema de los orígenes del Partido Laborista se debe a que puede sugerir líneas de acción, o paralelos, con la situación argentina, donde creo que estamos a punto de protagonizar cambios de envergadura semejante a la que en Gran Bretaña significó pasar de la bipolaridad Conservadora-Liberal, vigente hasta la Primera Guerra Mundial, a la Conservadora-Laborista. Cambio éste que ocurrió a pesar de los pronósticos de observadores muy avezados, como Sidney y Beatrice Webb, quienes pensaban que ante el avance de los tiempos, la vieja dupla sería reemplazada por otra más progresista, que enfrentaría a los Liberales con los Laboristas. Extrañamente, los Webb y otros políticos de la época no se dieron cuenta de que la base del Conservadorismo no eran sus ideas, sino los intereses de las clases altas que él representaba. Y esos intereses demostraron tener más fuerza que las ideas, o adaptaron las ideas, de manera que el Conservadorismo salió renovado y fortalecido, pero siempre representando a lo principal del *establishment*. Si el que sobreviviera hubiera sido el Partido Liberal en vez del Conservador, el resultado habría sido la conversión de ese Partido Liberal en conservador, con ese u otro nombre. Eso es, justamente, lo que ocurrió en Australia, donde hoy la derecha está anclada en el Partido Liberal; y algo parecido se puede decir que pasó en Alemania, donde el Zentrum católico se convirtió en el actual Partido Demócrata Cristiano, de clara derecha, en sustitución de los anteriores DNVP (Partido Nacional del Pueblo Alemán) y DVP (Partido del Pueblo Alemán).

El Independent Labour Party fue creado en 1893, en la ciudad de Bradford, un gran centro textil del Norte de Inglaterra, cuya población aumentaba vertiginosamente, absorbiendo a muchos inmigrantes irlandeses.<sup>(1)</sup> Su política local estaba dominada por el Partido Liberal, dividido, claro está, en *old* y *new*, o si se quiere tradicionalistas y radicales, y muy ligado a las iglesias no-conformistas protestantes, y a los industriales del lugar. Por décadas

las familias de magnates textiles repetían sus apellidos en el Concejo Deliberante (págs. 101-102).

En el movimiento obrero los que dominaban eran los Lib-Labs, organizados sobre todo en la Labour Electoral Association, para presentar candidatos obreros. Esto, dada la naturaleza descentralizada del sistema británico, basado en las circunscripciones uni (o bi) nominales, era muy fácil en las áreas carboníferas, donde había poca burguesía residente, y donde la enorme mayoría obrera hacía relativamente fácil, y rendidor, colocar candidatos de ese origen patrocinados por el Liberalismo. Es así que las lealtades tanto de los mineros como de sus dirigentes estaban muy fuertemente encauzadas en ese viejo partido, sobre todo en su Grand Old Man, William Gladstone, activo hasta su muerte en 1898.

Distinta era la cosa en circunscripciones menos homogéneas socialmente, como las cinco o seis que había en Bradford, porque a pesar de, o quizás debido a su fuerte naturaleza industrial, había en ellas una gran cantidad de clase media. Es así que era muy difícil desplazar a los aspirantes Liberales de clase media, tanto a nivel parlamentario como del City Council.

Algunos grupos socialistas ingleses venían organizándose desde hacía algún tiempo, en la Social Democratic Federation (SDF), marxista, o la Socialist League, con elementos anarquistas y utópicos, que luego a su vez se dividió. Ninguno de estos grupos tenía mucho apoyo obrero o sindical. A un nivel más de *think-tank* y de sectores profesionales, aunque sin despreñar la militancia callejera y la propaganda electoral, estaba la Sociedad Fabiana, fuente inagotable de estrategias alternativas, desde las más militantes hasta las más colaboracionistas y "entristas" en el cuerpo del Liberalismo.

Cuando se creó el ILP éste prometía ser una secta socialista más, pero esta vez basada en algunos dirigentes sindicales y activistas de base. A diferencia de la SDF y de la Socialist League, la preocupación ideológica, sin estar ausente, era menor, y la desconfianza hacia el "socialismo continental" muy grande. Lo que le preocupaba al ILP era poder presentar candidatos obreros independientes de cualquiera de los dos partidos, de ahí su nombre (no es que hubiera un Partido Laborista preexistente, del cual éste fuera independiente). La distinción era, sobre todo, con el Partido Liberal, pues era en él donde los sindicalistas actuaban en general. La base obrera, sin embargo, tenía bastantes simpatías hacia el Partido Conservador, sobre todo los que no gustaban del puritanismo dominante entre los Liberales (y, desde ya, entre muchos grupos socialistas). Esos eran los famosos "working class Tories", adeptos al pub, a las mujeres y al music hall más que a escuchar sermones. Ese tipo de gente, de todos modos, aunque engrosaba los votos Conservadores, no tenía presencia sindical, aunque se asociaba en las Primrose Leagues que combinaban entretenimiento con ayuda social y clientelismo *matter of fact*.

En Bradford el caldo de cultivo para el ILP fue dado, paradójicamente, por una gran derrota. Se trata de la huelga en los talleres Manningham, de la prominente familia Liberal Illingworth (pág. 149), donde en diversos locales trabajaban 5.000 obreros, pero no había organización sindical.<sup>(2)</sup> Ante una reducción de salarios debida a la crisis desatada por la imposición de barreras aduaneras en los Estados Unidos la protesta cundió, a pesar de la falta de organización. Hubo una gran movilización de apoyo por parte de los sindicatos de la zona, pero después de diecisiete semanas de huelga (diciembre de 1890 a abril de 1891) el hambre derrotó a los huelguistas. La reacción, entonces, orientó a los militantes, independientes o Lib-Labs, hacia tomar seriamente la idea de representación obrera autónoma. El Partido Liberal, dominado localmente por los magnates textiles, brilló por su ausencia durante el conflicto.

Examinado en el microscopio de Bradford —con una mirada comparativa a otras zonas en sendos capítulos— se ve el drama que comenzó a protagonizar el Partido Liberal. Como dice uno de los compiladores, Tony Jowitt, “el Partido Liberal, después de la década de los 1880s, estaba siendo apretado por ambos lados. Si hacía concesiones a sus simpatizantes de clase obrera perdía a los moderados, y si no hacía esas concesiones entonces perdía el apoyo obrero” (pág. 107). Como siempre ocurre, los historiadores se dividen entre quienes piensan que el proceso de declinación del Partido Liberal era prácticamente inevitable (opinión de los compiladores de este volumen) y quienes piensan que el partido podría haberse reformado.<sup>(3)</sup> Esto último, en cierto sentido, es lo que le ocurrió al Partido Demócrata en los Estados Unidos, que pudo retener, con una política pragmática, el apoyo sindical, y aumentarlo a expensas de los primeros grupos socialistas inmigratorios.

Esfuerzos de renovación en el Partido Liberal los hubo, y muy sistemáticos. David Lloyd George trató de incorporar nuevas ideas, en “una síntesis de socialismo y liberalismo”, como dice Keith Laybourn, otro de los compiladores del libro, en un artículo dedicado a la relación entre el naciente ILP y el movimiento sindical de Bradford (pág. 148). Pero no pudo ser, ante el incremento de los conflictos clasistas, debidos en buena medida a la pérdida de preeminencia industrial de Gran Bretaña, y al mayor peso numérico que de todos modos adquiriría la clase obrera, cuya experiencia asociativa aumentaba.

La formación del Partido Laborista tuvo un hito importante en la organización de un Labour Representation Committee en el año 1900, dedicado a una más sistemática búsqueda de representación obrera. Ahora, en ese Comité, se unieron los diversos grupos socialistas, incluyendo al ILP, junto a algunos sindicatos. Sintomáticamente, estaban aún ausentes los más fuertes, como los mineros, porque ellos tenían un electorado cautivo para imponer candidatos en el Partido Liberal, de manera que no necesitaban ningún nuevo mecanismo. También estaban ausentes algunos sindicatos calificados, recelosos de utopías socialistas cuya obtención podría traer más males que bienes, y destruir esfuerzos de años. A pesar de las reticencias, en 1906 ya el LRC se transformó en Partido Laborista, y lentamente fue incorporando sindicatos nacionales, afiliados directamente al nuevo partido, que retuvo una estructura muy federativa, secuela de su iniciación como un Comité dedicado a un objetivo preciso, y basado en organizaciones independientes. Este proceso no está cubierto en este libro, pero uno de sus compiladores le ha dedicado varios trabajos.<sup>(4)</sup>

En 1931 vino el drama que podría haber destruido al Partido Laborista, que bajo la conducción de Ramsay MacDonald estaba por segunda vez en el gobierno. La crisis económica de esos años impuso una solución, digamos, neoliberal, que no fue aceptada por el partido. MacDonald y varios de sus ministros consideraron necesario seguir en sus trece, formando con apoyos externos el Gobierno Nacional. En las inmediatas elecciones el Partido Laborista quedó con un sexto de su anterior fuerza parlamentaria, y MacDonald condenado por sus antiguos compañeros y reducido a la impotencia. Su Gobierno Nacional, de unidad, fue luego reemplazado por un más directo predominio Conservador. Ya para ese entonces el Liberalismo se reducía a un espectro, y uno de sus más significativos dirigentes, Winston Churchill, daba el salto hacia los Tories. Le costó bastante esfuerzo al Laborismo sobrevivir a la “traición” de su dirigente máximo, pero lo hizo, y llegó al poder con un decidido programa reformista en 1945.

Poco después de la crisis del año 1931 el ILP decidió desafiliarse del Partido Laborista —a pesar de que éste había condenado a MacDonald— pero esta vez no llevó tras de sí a los grandes batallones, y se convirtió en una minoría ineficaz, como el Socialist Party of Great

Britain, o el Partido Comunista, que al menos tenía apoyo internacional y una gran experiencia revolucionaria para entusiasmar a sus adherentes.

La formación del ILP y su incorporación al LRC y al Partido Laborista constituyen un estratégico caso comparativo, por sus diferencias con el desarrollo de la Social Democracia alemana y de otros partidos europeos. En Gran Bretaña ese grupo de base sindical e ideología bastante mezclada tuvo que enfrentar a una situación en que la clase obrera estaba ya muy involucrada en uno de los partidos burgueses, no sólo como votante, sino también a través de estructuras organizadas, como los sindicatos de mayoritaria orientación Lib-Lab o apartidaria. Para entender las etapas iniciales de ese proceso, los ensayos reunidos en este libro realizan un aporte muy valioso.

**Torcuato S. Di Tella**

## NOTAS

(1) Bradford pasó de unos 13.000 habitantes en 1801 a 104.000 a mitad de siglo, y 288.000 en 1911. El crecimiento decenal osciló por décadas entre el 55 y el 65% (pág. 96).

(2) La sindicalización se dificultaba por la gran proporción de trabajadores muy jóvenes o de mujeres, típico de la industria textil. En 1833 la hilandería de John Wood, la más grande de Bradford, empleaba a 521 personas, de las cuales sólo 18 tenían más de 21 años. En 1873, en la fábrica Whetley, de 943 trabajadores, 650 tenían 17 años o menos de edad (pág. 97).

(3) Peter F. Clarke, *Lancashire and the New Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

(4) Keith Laybourn, *The Rise of Labour: The British Labour Party 1890-1979*, London, Edward Arnold, 1988; Keith Laybourn, *The Labour Party: 1881-1951: A Reader in History*, Gloucester, Alan Sutton, 1988; Keith Laybourn y J. Reynolds, *Liberalism and the Rise of Labour 1890-1918*, London, Croom Helm, 1984. También es fundamental el más antiguo de Henry Pelling, *The Origins of the Labour Party, 1888-1906*, 2a ed., Oxford, Oxford University Press, 1965.

**Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza; de Carlo Ginzburg, Milán, Feltrinelli Editore Milano, 1998.**

Una serie de ensayos sobre la diversidad cultural, la distancia espacial y temporal en la reflexión histórica y sus implicancias teóricas, originan un esperado encuentro con las particulares reflexiones del historiador italiano. Los nueve ensayos que componen este libro, fueron escritos en los últimos diez años y son producto de la aproximación literal y metafórica de Carlo Ginzburg al universo intelectual estadounidense, con motivo de su estancia como profesor de la UCLA.

Los escritos se orientan al estudio de la cultura europea en un cuadro cronológico y espacial amplio, a excepción del último artículo que trata sobre la emergencia de las tradiciones en el Discurso del Papa Juan Pablo II con motivo del pedido de perdón de la Iglesia católica a los hebreos. La comparación con *Historia Nocturna*, su único trabajo a gran

escala, aparece en forma inmediata, aunque es preciso destacar la reformulación teórica subyacente en la serie publicada. Si bien la forma argumentativa del ensayo permite el ejercicio de la libertad narrativa siempre reclamada por Ginzburg a la disciplina histórica, puede verificarse la ausencia del modelo teórico articulado sobre la oposición entre cultura popular y cultura dominante. Ginzburg se ocupa exclusivamente de las expresiones de la cultura escrita europea, gesto que restringe la visión amplísima y esencialista de la cultura que había presentado en *Historia Nocturna*. Los confines de la cultura europea, entendida como espacio de entrecruzamiento entre tradiciones antiguas de origen griego, romano y cristiano-hebreo, se limitan al espacio de origen y consolidación del pensamiento occidental. En el aspecto metodológico, la continuidad con su obra anterior es indiscutible, el análisis lingüístico, iconográfico y, en algunos casos, interpretativo de las fuentes se desarrolla bajo el paradigma indiciario expuesto en *Mitos, Emblemas e Indicios*.

La dualidad del concepto de representación definido por Roger Chartier en *El mundo como representación* constituye el referente inicial de este trabajo, que pronto se aleja para desplegar un estudio crítico de los textos e imágenes representativas de la cultura europea, a veces deteniéndose en la historia de algún texto. A pesar de configurar un mundo del texto y un mundo del lector, aquí el lector es un individuo representativo de la cultura de élite. Ginzburg reconstruye una historia de las representaciones inscriptas en los textos, sin referirlos al campo social en el cual circulan, sino inscribiéndolos en tradiciones culturales o intelectuales de larga duración.

El primer ensayo, titulado "Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario", parte de la idea del arte como instrumento para reavivar percepciones en una sociedad reglada por el automatismo según el razonamiento del crítico ruso Viktor Sklovskij en 1917. Sklovskij afirmaba que el arte se enfrentaba al automatismo de la percepción a través de dos procedimientos: el extrañamiento de la cosa y la complejización de la forma. De manera complementaria a este interés en el funcionamiento del procedimiento mencionado, Ginzburg se ocupa de su génesis.

El autor distingue dos tradiciones intelectuales fundadas en el extrañamiento como el gesto de "describir la cosa como si fuese la primera vez". La primera de ellas se establece a partir de la frase imperativa de raíz estoica, "Cancela la representación", utilizada por el emperador romano Marco Aurelio como condición primera hacia la percepción exacta de la cosa, en lo que constituye un "ejemplo precoz de extrañamiento". La serie se cierra en el uso del extrañamiento ejercido por Tolstoi en función de una crítica moral y social, y no sólo como procedimiento literario. La segunda tradición literaria, acude al extrañamiento a fin de establecer una valorización estética de la impresión o la apariencia, reconocida en la actitud de Marcel Proust, "proteger la frescura de la apariencia de la intrusión de la idea".

De manera análoga a Sklovskij y a Proust, quienes consideraban que los nuevos experimentos artísticos tenían la tarea de contrastar la fórmula preconstituida de la representación, Ginzburg extiende esta función a la historia, donde el extrañamiento resulta "un antídoto eficaz contra el riesgo de dar la realidad por descontada".

"Mito. Distancia y mentira", examina el significado del "Mito" a través de sus sucesivos significantes, en vistas de la extendida aplicación "etnocéntrica" del concepto. El análisis de las nociones de la filosofía griega sobre el mito establece que Platón no condenaba al mito en sí mismo sino como "vehículo de afirmación falsa" y que Aristóteles manifestaba que "el nombre en sí no es verdadero ni falso, el verbo es el núcleo del mito". La distinción entre lenguaje y realidad propia de Aristóteles, se presentaba también en Boecio, cuando reconocía a la *fictio* como una construcción operativa. Una segunda consideración refiere al uso

político del mito, destacado por Platón y Aristóteles como "la mentira dirigida al bien común". El mito y, posteriormente, la religión, aparecen necesarios para la construcción de un orden social. Ginzburg considera que las reflexiones de estos pensadores expresan una característica propia de la cultura europea, en tanto síntesis de la filosofía griega, el derecho romano y la teología cristiana, expresada en la partición entre discurso y metadiscurso y asocia el uso político de la mentira, al discurso falso, en cuya intersección, inscribe al mito como "fenómeno de la cultura oral" y "formador de identidades".

En "Representación. La palabra, la idea, la cosa", se elabora una genealogía de la noción de "representación", a fin de determinar el momento en el que la representación (la imagen) se asocia con la ficción y adquiere su ambiguo carácter de (ausencia-presencia). El autor afirma que la semejanza transcultural permite captar la especificidad del fenómeno del que se parte mediante el análisis morfológico de las relaciones entre elementos análogos en forma y función, en este caso los ritos funerarios del siglo II y del siglo XIII.

Mediante la reconstrucción de los argumentos y actitudes cristianas frente a las imágenes religiosas, puesta en relación con los conceptos de la imagen surgidos de una lectura analítica de los evangelios, y un análisis de los rituales funerarios de los romanos, Ginzburg descubre la temprana ambigüedad de la cultura cristiana marcada en la tensión respecto a la prohibición hebrea de la idolatría, núcleo de la posterior oposición entre "eucaristía y reliquia". A principios del siglo XIII, la reliquia y la imagen fueron desplazadas por "el dogma de la transustanciación cristiana como presencia de Dios triunfa frente a las imágenes", gesto que constituye la "victoria de la abstracción en el ámbito de la liturgia política y de la teología" y momento en el se cristaliza una idea de imagen en el sentido moderno del término.

El análisis del pasaje de la imagen como presencia a la imagen como ficción se desarrolla en, "Ecce. Sobre las raíces escriturarias de las imágenes del culto cristiano". A través del estudio sobre la génesis de la iconografía cristiana en las escrituras bíblicas, el autor articula una serie de citas bíblicas sobre la imagen de Jesús, donde observa el pasaje de una primera identificación con el "siervo de Dios", derivada de una tradición hebrea muy antigua, hacia la identificación con el "hijo de Dios", subrayando su coexistencia en una cadena de citas que forman una situación narrativa. La segunda figura analizada es, *Ecco* (*ecce*), "frase nominal mesiánica" expresada en el Deutero-Isaías y en el Salmo 22, donde la figura mesiánica del "siervo de Dios" emerge entre otros elementos narrativos sobre la muerte de Jesús, luego insertos en la liturgia de la pasión. El elemento mesiánico derivaría de un núcleo profético, germen principal de la narrativa de los evangelios canónicos y la frase *Ecco* tendría su equivalente visual en la dimensión ostensiva de las imágenes, en una tradición textual que se remonta al profetismo judaico reactivado por los evangelios.

"Ídolos e imágenes. Un pasaje de Orígenes y su fortuna", se detiene en la distinción entre ídolos e imágenes elaborada por Orígenes en su obra, *Homilía sobre el éxodo*, VIII, 3, y explora su derivación en el pensamiento de Stefano Da Bostra, Bernardo di Clairvaux y Santo Tomás de Aquino. La continuidad observada permitiría demostrar la actitud asimétrica adoptada en la Antigüedad y en el Medioevo frente a la palabra imagen y establecer una divergencia histórica sobre la "imagen" como mimesis y como convención, operante en el pensamiento contemporáneo.

"Estilo. Inclusión y exclusión y Distancia y perspectiva. Dos metáforas", constituyen dos ensayos complementarios que despliegan al "extrañamiento" mediante dos argumentaciones alternativas en contra del relativismo cultural y filosófico. El primero recorre las distintas significaciones del "estilo" en la historia del arte. La noción retórica de "appropriatazza" o

adaptación, formulada por Cicerón y, aplicada a una perspectiva espacio-temporal por San Agustín, constituye el eje de la serie argumental reconstituida por Ginzburg a partir de textos de G. Vasari, Fisher von Erlach, J. Winckelmann, J. Flaxman, G.W.F. Hegel, H. Heine, Goethe, Baudelaire, G.Semper, G.Morelli, G.Scott, A. Riegl, W.Worringer y P. Feyerabend. La identificación de múltiples significaciones y modelos cognitivos, permite al autor, a modo de intérprete, confrontarlos y subrayar la diversidad intrínseca para empuñar los argumentos "más potentes contra el relativismo". "La confrontación entre lengua y estilo desemboca generalmente en el reconocimiento de la diversidad entre unos y otros", pero dice Ginzburg, "le traduzioni sono possibili".

En "Distancia y perspectiva. Dos metáforas", la refutación del relativismo se construye desde las argumentaciones que ligan a los modelos cognoscitivos relativistas y esencialistas a partir de la exploración del componente metafórico de las nociones de verdad y perspectiva en un pasado histórico anterior al surgimiento del posmodernismo, donde se destacan "tres episodios cruciales". La primera idea de una perspectiva histórica, corresponde a San Agustín, cuando distingue el sentido figurado del sentido literal, un sentido profético y un sentido histórico que culmina en la teoría de la adaptación divina a la historia del género humano y la idea de un pasado que "debe verse comprendido en sus propios términos". El segundo episodio es protagonizado por Maquiavelo, quien utilizó la perspectiva visual de Leonardo Da Vinci, como metáfora cognitiva, para formular que "puntos de vista diversos producen representaciones diversas de la realidad política." Finalmente, y en oposición al modelo secular basado en el conflicto de Maquiavelo, se erige el planteo de Leibniz, un modelo cognoscitivo basado en la coexistencia armónica de la pluralidad de puntos de vista.

Adaptación, conflicto y multiplicidad, Ginzburg concluye en que la historiografía ha trabajado siempre con estos modelos: "La noción del paradigma historiográfico corriente es una versión secularizada del modelo de la adaptación combinado con dosis diversas de conflicto y multiplicidad." La función de las metáforas de distancia y perspectiva en la tradición intelectual de occidente se define por el uso corriente de los modelos citados, legitimados en la tradición cristiana expresada por el gesto reflexivo de San Agustín, esto es, cierta "actitud cristiana de superioridad sobre los hebreos" que implica un núcleo de verdad, asociado a la hegemonía cultural. Ginzburg deja a la memoria la tarea de establecer relaciones vitales con el pasado; mientras asigna al historiador la obligación del distanciamiento y de la discusión de la perspectiva en tanto metáfora cognitiva.

"Matar a un mandarín chino. Las implicaciones morales de la distancia", constituye una observación sobre la contraposición entre las leyes naturales y las leyes particulares enunciada por Aristóteles, su continuidad en Diderot y en Hume. El ensayo, presentado en el ámbito de las "Oxford Amnesty Lectures", sobre el tema Derechos Humanos e Historia, culmina con una cita a Walter Benjamin, a propósito del intelectual frente a la posibilidad de que la acción humana influya sobre la memoria del pasado. El impulso de salvar al pasado de una amenaza incumbente, expresado por Benjamin en 1940 reaparece a lo largo de estos ensayos y las reflexiones sobre la distancia demuestran que, la imaginación moral puede resistir frente a la capacidad humana de destruir el pasado, el presente y el futuro, y, al menos momentáneamente, alejar al fantasma temido por Benjamin y por Ginzburg.